

de eternos espejuelos y es calvo de un modo alarmante.

Cenceño y proporcionado, airoso en el andar, nervioso en sus actitudes, sobrio en fórmulas sociales, en los propósitos firme, parco en las reflexiones, cauto en los juicios, serio en sus actos, agradable en el trato, correcto en sus relaciones, puntual en la palabra, amigable del trabajo y de la gloria, listo de manos, hábil en todo género de mecánicas, de razón cultísima, veloz en la síntesis, pronto en la decisión, sereno en los conflictos quirúrgicos, no carece de esa sequedad inherente a los grandes cirujanos, disfruta de un cerebro perfectamente equilibrado y con todas sus aptitudes y condiciones, si no es un genio es tan útil como si lo fuese.

El tono de su voz es grave, su palabra atropellada, de modo que el oyente sólo se entera de la intención, no de las frases, como quien traduce de un idioma apenas conocido. Su conversación es una ducha; un cántaro que se vierte de golpe. Ora hable alemán, francés, castellano inglés o catalán, sus palabras se despeñan del cerebro y se precipitan hacia los labios, donde se empujan y aporrear, con la prisa de saltar, como los chicos al salir de la escuela.

Cuando llega la hora de intervenir quirúrgicamente, después de un trabajo gnóstico que asombra por la copia de conocimientos que supone y la serie de mínimos detalles en que nuestro profesor se fija, opera este con precisión y limpieza magistrales, sin perder tiempo en réplicas y disquisiciones, que no es Cardenal de los que intentan abrir las ostras con la persuasión, ni gusta de circunloquios; en sus mismos libros expone para enseñar y porque lo exige la confirmación, pero rara vez discute. Con el ejemplo, mejor que con la palabra, prefiere instruir; recorre la vida profesional por el camino que entiende más breve y ajustado sin entretenerse en llamamientos, predicaciones y anuncios; opera a presencia de los aplicados, entrega sus acciones a la opinión, toma de cada maestro lo más notable y considera como el mejor de los discípulos al que quiere trabajar, sabe ver y decidirse.

Con el bisturí entre los dedos es un artista consumado al estilo de Velasco; un Cellini de la cirugía que maravilla y suspende, al decir de los doctos, con la prontitud, la gallardía y seguridad de sus manos; no parecen operaciones cruentas las suyas, sino miniaturas sobre la carne, y las piltrafas que arranca más bien parecen necesarias y palpitantes virutas que dan belleza y relieve a la sangrienta escultura.

Cirujano de altos vuelos, su personalidad a toda España pertenece y su ciencia a las universidades más famosas de Europa, a donde fué impelido por el afán de aprender. Por cierto que, a su regreso, no se limitó al oficio de simple mensajero de novedades quirúrgicas con que deprimir a la nación al exponerlas, no; él trajo a Cataluña con singular ardimiento y buena fe, cuanto vió por sus ojos, en países más adelantados, mejoró a veces, lo observado, y sirvió a la ciencia empujando a la cirugía por la senda del progreso.

En este particular asunto el doctor Cardenal es digno de prez y merece la gratitud de sus paisanos; como los celebrados Virgili y Gimbernat,

catalanes ilustres que en la última mitad de la centuria XVIII trajeron de otros países elementos con que regenerar nuestra agonizante cirugía, don Salvador, por sí propio, sin contar, como aquellos, con el apoyo oficial, recorrió naciones, visitó nosocomios, escudriñó laboratorios, y en sus múltiples viajes acarreó nociones salutíferas, procedimientos y métodos, aquí inusitados, firmes cimientos de su reputación envidiable.

Hoy tiene Cardenal 40 años y 70 días, se halla, pues, en aquel período de pujanza fisiológica en que no se sabe si la aparición de una cana nos avisa de que faltan pocos peldaños para ganar la cumbre o si comenzamos a bajar la escalera de la vida.

Nacido de madre burgalesa y padre vizcaíno, vió la luz primera en la riente ciudad del Turia, el 1.º de septiembre de 1852; en Urgel transcurrió la infancia de Cardenal y en Barcelona ha vivido hasta el presente. Por estas circunstancias, heredó, parece, nuestro biografiado, la formalidad y franqueza de los castellanos viejos, la tenacidad de los vascos, la animación e impetuosidad del valenciano, la reconocida laboriosidad del catalán y el talento de su padre, ingeniero de caminos de singular instrucción. Llegó don Salvador al término de su carrera universitaria con honroso expediente, en que figuran nueve premios ordinarios y el extraordinario de licenciatura alcanzado en 1875; había sido alumno interno por oposición y se recibió de Doctor en el año 76.

Vislumbrando que lo aprendido en las aulas era tan solo el índice, el aparato científico de su carrera, emprendió su primer viaje al extranjero durante el referido año 75; en aquella excursión asistió diariamente a las clínicas del viejo Guerin, de Richet, Verneuil, Broca (padre) y sobre todo de Peán, cuya brillantez y serenidad operatorias produjeron honda impresión en nuestro joven compatriota. De vuelta de París, en donde fué discípulo del histólogo Latteux, ejerció la traumatología, asistiendo a los operarios de la fábrica de los señores Girona hermanos. Entonces planteó Cardenal la novedad de las curas con alcohol diluido, pero con las heridas abiertas.

Entre tanto no descuida los estudios; toma parte en las oposiciones a la plaza de Preparador de Museos de la Facultad y gana el destino que le puso en condiciones de adquirir la pericia anatómica de todos bien notoria. Hasta 1883, es decir, durante más de siete años, desempeñó el cargo, en el cual dejó excelente recuerdo y bizarras muestras de su aplicación (1).

A este período de su vida corresponde el apogeo de su actividad: sus destinos universitarios, el ser ayudante del doctor Letamendi, redactor asiduo de los Archivos de Cirugía, los cursos privados de Anatomía y operaciones que fueron muy

(1) Fué el primero que usó, entre nosotros, procedimientos nuevos, como el de Sucquet, para la conservación de piezas anatómicas naturales. En esta época disecó más de mil cadáveres y en una de estas operaciones sufrió una puntura infectante y flegmón séptico consecutivo, con pérdida del tendón flexor del índice derecho, terrible accidente que puso en peligro su vida y le obligó a educar la mano izquierda para las prácticas quirúrgicas. El decano de esta facultad Dr. Folch presentó a Cardenal, aún enfermo (1887), a Don Alfonso XII, quien se enteró con minuciosidad e interés de la desgracia.